

talento contra la ley pueden ser reprimidas. Si, lo arbitrario salva á los pueblos acudiendo en auxilio de la justicia, pues el derecho de gracia no tiene reverso; el rey, que puede indultar al quebrado fraudulento, no devuelve nada á la víctima despojada. La legalidad mata á la sociedad moderna.

—Hazles comprender eso á los electores—dijo Bixiou.

—Ya hay alguien que se ha encargado de ello.

—¿Quién?

—El tiempo. Como ha dicho el Obispo de León, si la libertad es antigua, la dignidad real es eterna: toda nación sana de espíritu ha de volver á ella bajo una forma ú otra.

—¡Tomal había gente ahí al lado—dijo Finot, al vernos salir.

—Siempre hay gente al lado—respondió Bixiou, que debía estar borracho.

Paris, 15 de noviembre 1837

LOS SECRETOS

DE LA

PRINCESA DE CADIÑÁN

Á Teófilo Gautier.

Después de los desastres de la revolución de julio, que destruyó varias fortunas aristocráticas sostenidas por la corte, la señora princesa de Cadiñán tuvo la habilidad de achacar á los acontecimientos políticos su ruina completa, debida á sus prodigalidades. El príncipe se había ido de Francia en compañía de la familia real, dejando en París á la princesa, inviolable por el hecho de su ausencia, pues las deudas para cuyo pago no bastaba la venta de las propiedades, sólo pesaban sobre él. Las rentas del mayorazgo habían sido embargadas. En fin los negocios de esta gran familia se hallaban en tan mal estado como los de la rama mayor de los Borbones.

Aquella mujer, tan célebre bajo su primer nombre de duquesa de Maufrigneuse, tomó entonces el sabio partido de vivir en un oscuro retiro y quiso hacerse olvidar. París fué teatro de una serie de acontecimientos tan vertiginosos, que la duquesa de Maufrigneuse no tardó en ser enterrada por la princesa de Cadiñán, pues como el cambio de nombre era desconocido por la mayor parte de los actores sacados á escena por la revolución de julio, pasó á ser una extranjera.

En Francia, el título de duque es máspreciado que todos los demás, sin exceptuar el de príncipe, aunque en tesis he-

ráldica pura de todo sofisma, los títulos no significan absolutamente nada, y hay igualdad perfecta entre todos los nobles. Esta admirable igualdad fué mantenida cuidadosamente antaño por la casa de Francia, y en nuestros días lo es aún, al menos nominalmente, como lo prueba el cuidado que tienen los reyes de dar á sus hijos sencillos títulos de condes. Valiéndose de esta opinión fué como Francisco I aplastó el esplendor de los títulos que se daba el pomposo Carlos V, firmándose en una respuesta: Francisco, señor de Vanves. Luis XI, hizo más aun casando á su hija con un hidalgo sin títulos, con Pedro de Beaujeu. El sistema feudal quedó tan bién destruído por Luis XIV, que el título de duque pasó á ser en su monarquía el supremo honor de la aristocracia y el más envidiado. Sin embargo hay en Francia dos ó tres familias que ostentaron con tal honra el título de príncipe, que lograron hacerle superior al de duque. La casa de Cadiñán, que posee el título de duque de Maufrigneuse para sus hijos primogénitos, mientras que los demás se llaman sencillamente caballeros de Cadiñán, es una de estas familias excepcionales. Al igual que ocurría antes con dos príncipes de la casa de Rohan, los príncipes de Cadiñán tenían derecho á un trono en su casa, y podían tener pajes é hidalgos á su servicio. Esta explicación se hace aquí necesaria tanto para evitar las necias críticas de los que no saben nada como para hacer constar las grandes cosas de un mundo que dicen que se va empujado por muchas gentes que ni siquiera lo comprenden. Los Cadiñán llevan *oro con cinco canales de sable puestos en cruz*, con la palabra MEMINI por divisa. Hoy la gran cantidad de extranjeros que afluyen á París y una ignorancia casi general de la ciencia heráldica, empiezan á poner de moda el título de príncipe. No hay más príncipes verdaderos que aquellos que están posesionados del título de Alteza. El desprecio de la nobleza francesa por el título de príncipe y las razones que tenía Luis XIV para dar la supremacía al título de duque, impidieron á Francia reclamar la Alteza para algunos príncipes, exceptuados los de Napoleón. Tal es la razón de que los príncipes de Cadiñán, con respecto á otros príncipes del continente, se encuentren en una posición inferior.

Las personas de la sociedad del arrabal Saint Germain protegían á la princesa mediante una discreción respetuosa debida á su nombre, el cual es de los que se honrarán siem-

pre; á sus desgracias, que no se discutían ya, y á su belleza, única cosa que había conservado de su extinguida opulencia. El mundo al que sirvió de adorno le reprochaba el que hubiese tomado en cierto modo el velo enclaustrándose en su casa. Este buen gusto era para ella, más que para ninguna otra mujer, un inmenso sacrificio. Las grandes cosas son siempre tan vivamente sentidas en Francia, que la princesa conquistó con su retiro todo lo que había podido perder en la opinión pública en medio de sus esplendores. No veía más que á una de sus antiguas amigas, á la marquesa de Espard, y aun ésta no la veía siquiera en su casa durante las grandes reuniones ó las fiestas. La princesa y la marquesa se visitaban como en secreto, durante las primeras horas de la mañana. Cuando la princesa iba á comer á casa de su amiga, la marquesa cerraba su puerta para todo el mundo. La señora de Espard se mostró admirable con la princesa: cambió de palco en los Italianos y dejó los del primer piso por una bolsa de platea, de modo que la señora de Cadiñán pudiese entrar y salir de incógnito en el teatro. Pocas mujeres hubiesen sido capaces de una delicadeza que las hubiese privado del placer de humillar á una antigua rival caída, convirtiéndose en su bienhechora. Dispensada así de hacer gastos ruinosos en el vestir, la duquesa iba en secreto en el coche de la marquesa, cosa que no hubiera aceptado nunca públicamente. Nadie ha sabido jamás las razones que tuvo la señora de Espard para portarse así con la princesa de Cadiñán, pero su conducta fué sublime é implicó durante algún tiempo un mundo de pequeñeces, que vistas una á una parecen insignificancias; pero que vistas en conjunto resultan gigantescas.

En 1832 habían transcurrido tres años que bastaron para cubrir con su capa de nieve las aventuras de la duquesa de Maufrigneuse, tanto, que era preciso hacer grandes esfuerzos de memoria para recordar las circunstancias graves de su vida anterior. Esta reina adorada por tantos cortesanos y cuyas ligerezas podían dar materia para varias novelas, tenía treinta y seis años, pero estaba tan hermosa que nadie le echaría más de treinta á pesar de ser madre del duque Jorge de Maufrigneuse, joven de 19 años, hermoso como Antonín, pobre como Job, que debía tener grandes éxitos y al que su madre deseaba ante todo casar con mujer rica. Tal vez este proyecto era el secreto de la intimidad que tenía con la mar-

quesa, cuyo salón pasa por el primero de París y donde podía algún día escoger mujer rica para Jorge. La princesa tenía aún cinco años entre el momento presente y la época del matrimonio de su hijo, años desiertos y solitarios, pues para lograr un buen matrimonio, era preciso que su conducta resultara intachable.

La princesa vivía en la calle de Miromesnil en una casa de precio módico, donde había sacado partido de los restos de su magnificencia. Aun se respiraba allí su elegancia de gran dama, pues estaba rodeada de esas cosas que anuncian una existencia fastuosa. Se veía sobre la chimenea una magnífica miniatura retrato de Carlos X, hecho por la señora de Mirbel, bajo el cual estaban grabadas estas palabras: «*Dado por el rey,*» y formando pareja el retrato de MADAME, que tan excelente había sido para ella. Sobre una mesa brillaba un álbum de tan gran precio que no se atrevería á tenerle ninguna de las burguesas que reinan actualmente en nuestra sociedad industrial y cicatera. Esta audacia describía admirablemente á la mujer. El álbum contenía retratos entre los cuales figuraban los de una treintena de amigos que el mundo había creído amantes suyos. Este número era una calumnia, pero, según decía la marquesa de Espard, una docena sí que podían achacársele. Los retratos de Máximo de Trailles, de Marsay, de Rastignac, del marqués de Esgrignon, del general Montriveau, de los marqueses de Ronquerolles y Adjuda-Pinto, del príncipe Galathionne, de los jóvenes duques de Grandlieu y del hermoso Luciano de Rubempré, habían sido debidos al pincel de los artistas más célebres. Como la princesa no recibía ya más que dos ó tres personas de esta colección, llamaba graciosamente á aquel libro la compilación de sus errores. El infortunio había convertido á aquella mujer en una buena madre. Durante los 15 años de la restauración se había divertido demasiado para pensar en su hijo, pero al refugiarse en la obscuridad, aquella ilustre egoísta pensó que el sentimiento maternal llevado al extremo sería para su vida pasada una absolución confirmada por las gentes sensibles, que se le perdonan todo á una buena madre. Amó tanto más á su hijo, cuanto que no tenía otra cosa que amar. Por otra parte, Jorge de Maufrigneuse era uno de esos muchachos que pueden halagar todas las vanidades de una madre, así es que la princesa hizo por él toda clase de sacrificios. Jorge tuvo coche, cuadra y cochera, y su madre se

había impuesto varias privaciones para que tuviese un criado y morada de soltero, compuesta de tres piezas deliciosamente amuebladas. La princesa por su parte no tenía más que su camarera, y por cocinera á una antigua ayudante de cocina. El lacayo del duque estaba sometido á un trabajo no poco rudo. Toby, el antiguo criado del difunto Beaudenord, aquel jovencito que á los veintiún años parecía tener sólo catorce, tenía que cuidar los caballos, limpiar los coches, acompañar á su amo, hacer la limpieza de las habitaciones y estar en la antesala de la princesa para anunciar si por casualidad tenía que recibir la visita de algún personaje. Cuando se piensa en lo que fué bajo la restauración la hermosa duquesa de Maufrigneuse, una de las reinas de París, cuya lujosa existencia hubiera podido competir con la de las mujeres más elegantes de Londres, había un no se qué de commovedor en verla en la calle de Miromesnil á pocos pasos de su inmenso palacio, que ninguna fortuna se había atrevido á habitar y que había sido demolido por la piqueta de los especuladores. La mujer que apenas se bastaban á servirla treinta criados, que poseía los más ricos salones de recepción de París, donde había dado tan hermosas fiestas, vivía en una habitación de cinco piezas: una antesala, un comedor, un salón, un dormitorio y un tocador, con dos mujeres por todo servicio.

—¡Ah! es admirable para su hijo y admirable sin énfasis; es feliz—decía aquella astuta comadre de marquesa de Espard.—Nunca hubiera creído nadie que aquella mujer tan ligera fuese capaz de resoluciones seguidas con tanta persistencia; bien es verdad que nuestro arzobispo la ha animado mucho; le demuestra gran cariño y acaba de decidir á la anciana condesa de Cinq-Cygne á hacerle una visita.

Por lo demás, confesémoslo: es preciso ser reina para saber abdicar y descender noblemente de una posición elevada, que nunca está completamente perdida. Sólo los que tienen conciencia de no ser nada por sí mismos, manifiestan pena al caer ó murmuran y recuerdan un pasado que no volverá nunca, porque comprenden que no medrarían dos veces. Obligada á prescindir de las flores caras, entre las cuales tenía la costumbre de vivir y que tanto realzaban su persona, la princesa había sabido escoger su piso bajo, donde gozaba de un bonito jardinito lleno de arbustos y cuyo césped siempre verde alegraba su apacible retiro. La

duquesa tendría unos doce mil francos de renta, y aun ésta la tenía gracias á la ayuda anual de la duquesa de Navarreins (tía paterna del joven duque) y de otro socorro que le enviaba la duquesa de Uxelles, desde sus tierras, donde economizaba como saben economizar las ancianas duquesas, al lado de las cuales Harpagón no es más que un escolar. El príncipe vivía en el extranjero constantemente á las órdenes de sus desterrados amos, participando de su mala fortuna y sirviéndoles con desinteresada abnegación. La situación del príncipe de Cadiñán protegía también á su mujer en París. En casa de la princesa fué donde el mariscal á quien debemos la conquista de Africa, tuvo conferencias con los principales jefes de la opinión legitimista; tan grande era la oscuridad de la primera y tan poca la desconfianza del gobierno á causa de su situación precaria. Al ver llegar la terrible quiebra del amor, esa edad de cuarenta años, más allá de la cual hay tan poca cosa para la mujer, la princesa se había sumido en el reinado de la filosofía. Se entregaba á la lectura, ella que tanto horror había manifestado por las cosas graves durante diez y seis años. La literatura y la política son hoy lo que era antes la devoción para las mujeres, el último asilo de sus pretensiones. En los círculos elegantes se decía que la princesa quería escribir un libro. Desde que de mujer hermosa y bonita había pasado la marquesa á mujer retirada, había convertido una recepción en su casa en un honor supremo que distinguía prodigiosamente á la persona favorecida. Al amparo de estas ocupaciones pudo ella engañar á uno de los primeros amantes, á de Marsay, al personaje más influyente de la política que imperó en julio de 1830, y le recibió algunas veces por la noche mientras que el mariscal y varios legitimistas hablaban en voz baja en su dormitorio de la conquista del reino, que no podía hacerse sin el concurso de las ideas, único elemento de éxito que los conspiradores olvidaron. Fué una bonita venganza de mujer bonita, aquello de burlarse del primer ministro haciéndole servir de tapadera de una conspiración contra su propio gobierno. Aquella aventura, digna de los hermosos días de la Fronda, dió materia para la carta más ocurrente del mundo, en la que la princesa dió cuenta á MADAME de las negociaciones. El duque de Maufrigneuse fué á Venda y pudo volver en secreto sin haberse comprometido, pero no sin haber tomado parte en los peligros de MA-

DAME, la cual desgraciadamente lo despidió cuando pareció que todo estaba perdido. Tal vez la vigilancia apasionada de aquel joven hubiese evitado la traición. Por grandes que hayan sido las faltas de la duquesa de Maufrigneuse á los ojos del mundo plebeyo, la conducta de su hijo las borró á los ojos del mundo aristocrático. Aquello de arriesgar así al hijo único, al heredero de una casa histórica, fué noble y grande á la vez. Hay ciertas personas llamadas hábiles que repasan las faltas de la vida privada mediante los servicios de la vida política, y reciprocamente. Pero en la princesa de Cadiñán no hubo cálculo alguno, como tal vez lo haya en todos los que proceden de este modo. Los acontecimientos contribuyen en gran parte á estos contrasentidos.

Durante uno de los primeros hermosos días del mes de mayo de 1833, la marquesa de Espard y la princesa daban vueltas, pues no podía decirse que se paseaban, por la misma calle de árboles que rodeaban el césped del jardín. Eran las dos de la tarde y los rayos del sol reflejados por las paredes caldeaban la atmósfera de aquel pequeño recinto perfumado por las flores, regalo de la marquesa.

—Muy pronto perderemos á de Marsay —dijo la señora de Espard á la princesa—y con él se irá la última esperanza de fortuna para el duque de Maufrigneuse; pues desde que se ha burlado usted de ese gran político, parece que vuelva á tenerle afecto.

—Mi hijo no capitulará nunca con la rama menor—dijo la princesa,—aunque tuviese que morir de hambre, aunque tuviese yo que trabajar para él. Pero Berta de Cinq-Cygne no le odia.

—Los hijos no tienen los mismos compromisos que los padres—dijo la señora de Espard.

—No hablemos de esto—dijo la princesa.—Si no puedo coger á la marquesa de Cinq-Cygne, me contentaré con casar á mi hijo con la hija de algún herrero, como hizo ese pequeño Esgrignon.

—¿No le ha amado usted?—dijo la marquesa.

—No, respondió gravemente la princesa.—La sencillez de Esgrignon era una especie de estupidez provinciana de la que me apercibí demasiado tarde, ó demasiado temprano, si usted quiere.

—¿Y á de Marsay?

—De Marsay jugó conmigo como con una muñeca. ¡Era

yo tan joven! Nosotras no amamos nunca á los hombres que se convierten en nuestros maestros, porque hieren nuestras pequeñas vanidades. Pronto va á hacer tres años que yo pasé mi vida en una soledad completa, sin que esta calma haya tenido para mí nada de penoso. A usted sola me atreveré á decirle que aquí me he sentido feliz. Estaba hastiada de adoraciones, cansada sin placer y conmovida en la superficie sin que la emoción me llegase al corazón. Todos los hombres que he conocido me han parecido mezquinos, pequeños, superficiales; ninguno me ha causado la más pequeña sorpresa, todos carecían de inocencia, de grandeza, de delicadeza. Hubiera querido encontrar alguno que me hubiese impuesto.

—Querida mía ¿le habrá pasado á usted como á mí que no he amado nunca, habiendo deseado amar?

—Lo mismo—respondió la princesa interrumpiendo á la marquesa.

Dicho esto, ambas fueron á sentarse en un rústico banco de madera bajo unos tiestos de jazmín. Ambas se habían dicho una de esas frases solemnes para mujeres llegadas á su edad.

—Al igual que usted tal vez he sido más amada que las demás mujeres—repuso la princesa, pero á través de tantas aventuras comprendo que no he conocido la dicha. He hecho muchas locuras, pero tenían un objeto y el objeto reculaba á medida que yo iba avanzando. Siento en mi corazón envejecido una inocencia que no ha sido encetada. Sí, bajo tanta experiencia yace un primer amor, del mismo modo que á pesar de tantas fatigas y ajaduras me siento joven y hermosa. Nosotras podemos amar sin ser felices, podemos ser felices y no amar; pero amar y ser felices, reunir estos dos inmensos goces humanos, es un prodigio. Este prodigio no se ha realizado para mí.

—Ni para mí—dijo la señora de Espard.

—Yo me veo perseguida en mi retiro por una pena espantosa. Me he divertido, pero no he amado.

—¡Qué increíble secreto!—exclamó la marquesa.

—¡Ah! querida mía; estos secretos sólo podemos confiarlos á nosotras mismas; nadie en París nos creería—respondió la princesa.

—Y si las dos no hubiésemos pasado de los treinta y seis años, tal vez no nos haríamos esta confesión—repuso la marquesa.

—Sí, cuando somos jóvenes tenemos estúpidas fatuidades. A veces nos parecemos á esos pobres jóvenes que juegan con un limpiadientes para hacer creer que han comido bien.

—En fin, me parece que estamos en situación de tomar una revancha—respondió con coquetería la señora de Espard.

—Cuando usted me dijo el otro día que Beatriz se había ido con Conti, pensé en ella toda la noche—repuso la princesa después de una pausa.—Es preciso ser muy feliz para sacrificar así su posición y su porvenir y renunciar para siempre al mundo.

—Eso ha sido una tontería—dijo gravemente la señora de Espard.—La señorita de Touches se ha visto muy satisfecha con la huida de Conti. Beatriz no ha adivinado toda la nulidad que suponía, en Conti, el abandono llevado á cabo por una mujer superior que no ha defendido un sólo instante su pretendida dicha.

—¿Sería, pues, desgraciada?

—Lo es ya—repuso la señora de Espard.—¿Por qué abandonar á su marido? En una mujer ¿no es esto una señal de impotencia?

—¿De modo que cree usted que la señora de Rochefide no ha sido determinada por el deseo de gozar en paz de un verdadero amor, de ese amor cuyos goces son aún para nosotras un sueño?

—No; ha imitado á la señora de Beauseant y á la señora de Langeais, las cuales, aquí para inter nos, en un siglo menos vulgar que el nuestro hubiesen sido, lo mismo que usted, figuras tan grandes como las de La Vallière, Montepan, Diane de Poitiers y duquesas de Etampes y de Châteauroux.

—¡Oh! menos el rey, querida mía. ¡Ah! yo quisiera poder evocar á esas mujeres y preguntarles si...

—Pero no es necesario hacer hablar á los muertos, porque nosotras conocemos mujeres vivas que son felices—dijo la marquesa interrumpiendo á la princesa.—Esta es la vigésima vez que entablo una conversación íntima acerca de estas cosas con la condesa de Montcornet, que hace quince años que es la mujer más feliz del mundo con ese pequeño Blondét. Ni una infidelidad, ni un pensamiento contrario; están hoy como el primer día; nosotras siempre nos hemos visto interrumpidas en el momento más interesante. Estos grandes afectos,

como el de Rastignac y la señora de Nucingen, la señora de Camps por su Octavio, tienen un secreto, y ese secreto lo ignoramos nosotras, querida mía. El mundo nos hace el extremo honor de tomarnos por unas libertinas dignas de la corte del Regente, y nosotras somos inocentes como dos colegialas.

—¡Ah! aún me daría yo por contenta con esa inocencia—respondió burlonamente la princesa.—Pero la nuestra es peor, porque hay para sentirse humillada. ¿Qué quiere usted? nosotras ofreceremos esta mortificación á Dios en expiación de nuestras infructuosas investigaciones, porque, querida mía, no es probable que encontremos en la última estación la hermosa flor que nos ha faltado en la primavera y el verano.

—La cuestión no está aquí—repuso la marquesa, después de una pausa llena de meditaciones respectivas.—Nosotras somos aún bastante hermosas para inspirar una pasión; pero no conyenceremos nunca á nadie de nuestra inocencia y nuestra virtud.

—Si esto fuera una mentira, no tardaría en ser adornada de comentarios y servida con las bonitas preparaciones que la hacen apetitosa como un fruto delicioso; pero ¡hacer creer en una verdad! ¡Ah! los hombres más grandes se han estrellado ante ésta—añadió la princesa con una de esas sonrisas que sólo ha sabido reproducir el pincel de Leonardo de Vinci.

—Los necios saben amar á veces—repuso la marquesa.

—Pero para esto, ni los necios tienen bastante credulidad—advirtió la princesa.

—Tiene usted razón—dijo la marquesa riéndose.—Pero nosotras no deberíamos buscar un tonto ni un hombre de talento. Para resolver semejante problema, necesitamos un hombre de genio. Sólo el genio tiene la fe de la infancia, la religión del amor y consiente que le venden los ojos. ¿Vea usted á Canalis y á la duquesa de Chaulieu. Si usted y yo hemos encontrado hombres de genio, tal vez estaban demasiado lejos de nosotras, demasiado ocupados, y nosotras éramos demasiado frívolas.

—¡Ah! sin embargo, yo no quisiera dejar este mundo sin haber conocido los verdaderos placeres del amor—exclamó la princesa.

—El inspirarlo no es nada, la cuestión es ponerlo á

prueba—dijo la señora de Espard.—Yo veo que muchas mujeres no son más que los pretextos de una pasión, en lugar de ser á la vez su causa y su efecto.

—La última pasión que yo inspiré era una cosa hermosa y santa que tenía porvenir—dijo la princesa.—Esta vez la casualidad me había dirigido á ese hombre de genio que tan difícil es coger, pues hay más mujeres bonitas que hombres de genio. Pero el diablo se mezcló en la aventura.

—Querida mía, cuénteme usted eso, que es completamente nuevo para mí.

—No me apercibí de aquella hermosa pasión hasta mediados del invierno del año 1829. Todos los viernes, en la Ópera, veía en las butacas á un joven de unos treinta y dos años que iba allí por mí, siempre á la misma butaca, á mirarme con ojos de fuego, aunque tristes á veces, sin duda á causa de la distancia que existía entre nosotros, ó tal vez por creer en la imposibilidad de ser correspondido.

—¡Pobre muchacho! Cuando se ama, se vuelve uno muy estúpido—dijo la marquesa.

—Se colaba durante los entreactos en los corredores, y una ó dos veces, para verme ó para dejarse ver, sacaba la cabeza por la puerta de un palco que estaba enfrente del mío—repuso la princesa sonriéndose del amistoso epigrama con que la marquesa le interrumpía.—Si recibía alguna visita, le veía pegado á la puerta, y entonces podía dirigirme una mirada furtiva; había acabado por conocer las personas de mi sociedad y las seguía cuando se dirigían hacia mi palco á fin de aprovecharse de la apertura de la puerta. El pobre muchacho sin duda debió saber muy pronto quien era yo, pues conocía de vista al señor de Maufrigneuse y á mi suegro. Desde entonces encontré á mi misterioso desconocido en los Italianos, en una butaca, desde donde me admiraba con éxtasis. Aquello era divino. A la salida de la Ópera, lo mismo que de los Buffones, le veía en medio de la multitud esperando mi paso. Cuando me veía apoyada en el brazo de algún favorito, sus ojos disminuían de brillo. Por lo demás, ni una palabra, ni una carta, ni una demostración. Confesad que aquello era de buen gusto. A veces, al volver á mi palacio por la mañana, encontraba á mi hombre sentado en uno de los poyos de mi puerta cochera. Aquel enamorado tenía ojos hermosos, barba espesa, bigote abundante, en fin, de su cabeza verdaderamente artística sólo se veían

los pómulos y una hermosa frente. Como usted sabe, el príncipe defendió las Tullerías por la parte de los muelles durante los sucesos de julio, y cuando todo estuvo perdido, volvió por la noche á Saint-Cloud. «Querida mía, me dijo al volver, á eso de las cuatro he estado á punto de ser muerto; un insurrecto me apuntaba ya, cuando un joven de barba larga que creo haber visto en los Italianos y que dirigía el ataque, apartó el cañón del fusil.» El tiro hirió á no se qué hombre que estaba á dos pasos de mi marido. De modo, que aquel joven debía ser un republicano. En 1831, cuando vine á instalarme aquí, lo encontré apoyado en la pared de esta casa, y parecía satisfecho de mis desastres porque sin duda le parecía que nos aproximaban; pero desde los sucesos de Saint-Merri no le he vuelto á ver, ha perecido en ellos. La víspera de los funerales del general Lamarque, salía á pie con mi hijo, y mi republicano nos siguió tan pronto delante como detrás de nosotros desde la Magdalena hasta el pasaje de los Panoramas, á donde yo iba.

—¿Es eso todo?—dijo la marquesa.

—Todo—respondió la princesa.—¡Ah! la mañana de la toma de Saint-Merri, un pilluelo quiso hablarme y me entregó una carta escrita en papel común, firmada por el desconocido.

—Enséñemela usted—dijo la marquesa.

—No, querida mía. Aquel amor fué demasiado grande y demasiado santo en el corazón de aquel hombre para que yo viole su secreto. Aquella carta, corta y terrible, me conmueve aún el corazón cuando pienso en ella. Aquel hombre muerto me causa más emociones que todos los vivos que he conocido y su recuerdo acude con frecuencia á mi mente.

—¿Cuál es su nombre?—preguntó la marquesa.

—¡Ah! un nombre muy vulgar, Miguel Chrestien.

—Ha hecho usted bien en decírmelo—se apresuró á decirle la señora de Espard.—He oído hablar de él muchas veces. Ese Miguel Chrestien era amigo de un hombre célebre á quien usted ha querido ver ya; me refiero á Daniel de Arthez, que viene todos los inviernos una ó dos veces á mi casa. Ese Chrestien, que murió efectivamente en Saint-Merri, no carecía de amigos. He oído decir que era uno de esos grandes políticos á los que, como á de Marsay, no les faltaba más que las circunstancias les favoreciesen para llegar á ser de una vez todo lo que deben ser.

—Entonces vale más que haya muerto—dijo la princesa con aire melancólico que parecía ocultar sus pensamientos.

—¿Quiere usted encontrarse una noche con Arthez en mi casa?—le preguntó la marquesa.—Hablarán ustedes de su aparecido.

—Con mucho gusto, querida mía.

Algunos días después de esta conversación, Blondet y Rastignac, que conocían á Arthez, prometieron á la señora de Espard que le determinarían á ir á su casa. Ciertamente que esta promesa hubiera sido imprudente de haber sido arrancada en nombre de la princesa, cuyo encuentro no podía serle indiferente á este gran escritor.

Daniel de Arthez, uno de esos hombres de nuestros días que son raros, por unir un gran talento á un hermoso carácter, había obtenido ya, no toda la popularidad que merecía por sus obras, pero sí una respetuosa admiración á la que nada pueden añadir las almas escogidas. Indudablemente que su reputación crecerá aun; pero entonces había alcanzado todo su desarrollo á los ojos de los entendedores. Hay autores que tarde ó temprano ocupan la plaza que les corresponde y no cambian ya. Hidalgo pobre, había comprendido su época y había procurado deberlo todo á una ilustración personal. Había luchado durante mucho tiempo en la arena parisiense contra el gusto de un tío rico que ofreciendo un contraste que la vanidad se encarga de justificar, después de haberle dejado fuera de la más rigurosa miseria, había legado al hombre célebre la fortuna negada implacablemente al escritor desconocido. Este cambio súbito no alteró en nada las costumbres de Arthez, el cual continuó sus trabajos con una sencillez digna de los tiempos antiguos y se impuso otros nuevos aceptando un asiento en la cámara de los diputados, donde ocupó una plaza en el lado derecho. Después de su advenimiento á la gloria, había frecuentado á veces el mundo. Un antiguo amigo suyo, un gran médico, Horacio Bianchon, le había hecho trabar amistad con el barón de Rastignac, subsecretario de un ministerio y amigo de Marsay. Estos dos hombres políticos se habían prestado notablemente á que Daniel, Horacio y algunos íntimos de Miguel Chrestien, retirasen el cuerpo de este republicano y pudiesen tributarle los honores fúnebres. El agradecimiento por un favor que contrastaba con los rigores administrativos desplegados en aquella época en que las pasiones políticas se

desencadenaron tan violentamente, había unido á Arthez ya Rastignac. El subsecretario y el ilustre ministro eran demasiado hábiles para no aprovechar aquella circunstancia; así es que se conquistaron á algunos amigos de Miguel Chrestien, los cuales, aunque no participaban de sus opiniones, se afiliaron al nuevo gobierno. Uno de ellos, León Giraud, nombrado primero magistrado, pasó á ser luego consejero de Estado. La vida de Daniel Arthez está completamente consagrada al trabajo, tanto que solo ve la sociedad á intervalos, cual si fuese un sueño. Su casa es un convento donde hace la vida de un benedictino, pues emplea la misma sobriedad en el régimen y la misma regularidad en las ocupaciones. Sus amigos, saben que hasta ahora la mujer no ha sido para él mas que un accidente siempre temible, ya que la ha estudiado demasiado para no temerla; pero á fuerza de estudiarla, ha acabado por no conocerla, como les ocurre á esos profundos tácticos que serían siempre derrotados en terrenos imprevistos, donde caen por tierra sus axiomas científicos. En una palabra, que Arthez, siendo el observador más instruído, resulta en este punto el niño más cándido. Este contraste, imposible en apariencia, es muy explicable para los que han podido medir la distancia que separa las facultades de los sentimientos. Los unos proceden de la cabeza, y los otros del corazón. Se puede ser un gran hombre y un malvado, como se puede ser un necio y un amante sublime. Arthez es uno de esos hombres privilegiados en los que la fineza del ingenio y la extensión de las facultades del cerebro no excluyen la fuerza ni la grandeza de los sentimientos. Por raro privilegio, es á la vez hombre de acción y hombre de pensamiento. Su vida privada es noble y pura. Si había huído constantemente del amor, hasta entonces, era porque se conocía bien y sabía de antemano el imperio que una pasión ejercía en él. Durante mucho tiempo los pesados trabajos que prepararon el sólido terreno de sus gloriosas obras, por una parte, y el frío de la miseria fueron un maravilloso preservativo. Cuando estuvo en posición desahogada, tuvo las más vulgares é incomprensibles relaciones con una mujer bastante hermosa, pero perteneciente á la clase inferior, sin ninguna instrucción y sin modales siquiera. Michel Chrestien atribuía á los hombres de genio el poder de transformar las más torpes criaturas en síldes, las necias en mujeres ingeniosas, las aldeanas en marquesas, y creía que cuanto más

completa era la mujer más perdía á sus ojos, pues, según él, ya no podía transmitírsele nada. A su juicio, el amor, sencilla necesidad de los sentidos para los seres inferiores, era, para los seres superiores, la creación moral más inmensa y más atractiva. Para justificar su tesis se apoyaba en el ejemplo de Rafael y de la Fornarina, y hasta hubiera podido ofrecerse él mismo como modelo de este género, toda vez que veía un ángel en la duquesa de Maufrigneuse. Por otra parte, este raro concepto de Arthez podía ser justificado de mil modos. Tal vez había desesperado en un principio de encontrar aquí abajo una mujer que respondiese á la deliciosa quimera que sueña y acaricia un hombre de talento, tal vez tenía un corazón demasiado quisquilloso y demasiado delicado para entregárselo á una mujer del gran mundo; tal vez prefería ceder su parte á la naturaleza y conservar sus ilusiones cultivando su ideal, tal vez había juzgado el amor incompatible con sus trabajos y con la regularidad de una vida monástica, que hubiera sido completamente trastornada por la pasión. Hacia algunos meses que Arthez era objeto de las burlas de Blondet y de Rastignac, los cuales le censuraban su desconocimiento del mundo y de las mujeres. Según ellos, sus obras eran bastante numerosas y bastante notables para que se permitiera distracciones. Tenía una buena fortuna y vivía como un estudiante; no gozaba de nada, ni de su oro, ni de su gloria, é ignoraba los exquisitos goces de la pasión noble y delicada que inspiran ciertas mujeres bien nacidas y bien educadas; ¿no era vergonzoso que no hubiese conocido más que las groserías del amor? El amor, reducido á lo que era por naturaleza, resultaba á sus ojos la cosa más estúpida del mundo. Una de las glorias de la sociedad estriba en haber convertido la hembra de la naturaleza en mujer, la perpetuidad de la especie en perpetuidad del deseo, en haber inventado, en fin, el amor, que es la religión más hermosa de la humanidad. Arthez no conocía las encantadoras delicadezas del lenguaje ni las pruebas de afecto incesantemente dadas por el alma y el talento, ni esos deseos ennoblecidos por los modales, ni esas formas angelicales atribuidas á las cosas más ligeras por las mujeres más distinguidas. Tal vez conocería á la mujer, pero desconocía la divinidad. Era preciso un prodigio de arte y de compostura de alma y de cuerpo, en una mujer, para amar bien. En fin, alabando las deliciosas depravaciones de pensamiento que

constituyen la coquetería parisiense, aquellos dos corruptores compadecían á Arthez, el cual vivía de un alimento sano y sin ningún aderezo y lamentaban que no hubiese gustado las delicias de la gran cocina parisiense estimulando vivamente su curiosidad. El doctor Bianchon, á quien Arthez comunicaba sus secretos, sabía que la curiosidad de éste había sido despertada. Las prolongadas relaciones de este gran escritor con una mujer vulgar, lejos de agradaarle por costumbre, se le habían hecho insoportables; pero le retenía la excesiva timidez que se apodera de todos los hombres solitarios.

—¡Cómo!—decía Rastignac—siendo noble, ¿no ha de hacer usted brillar su escudo en la portezuela de un coche? Tiene usted treinta mil francos de renta y el producto de su pluma, ha justificado su divisa que forma el equívoco tan buscado por nuestros antepasados: *ARS, THEsaurusque vir tus*, ¿y no ha de pasearlo usted por el Bosque de Bolonia? Estamos en un siglo en que la virtud debe enseñarse.

—Si leyese usted sus obras á esa especie de Grand Laforet que constituye sus delicias, yo le perdonaría; pero, querido mío, si está usted á pan seco materialmente hablando desde el punto de vista del ingenio, no tiene usted ni pan siquiera.

Duraba esta lucha amistosa hacia algunos meses entre Daniel y sus amigos, cuando la señora de Espard rogó á Rastignac y á Blondet que determinaran á Arthez á ir á comer á su casa, diciéndoles que la princesa de Cadiñán tenía un gran deseo de ver á este hombre célebre. Para ciertas mujeres, esta clase de curiosidad es lo que la linterna mágica para los niños, un placer para los ojos: bastante pobre y lleno de desencanto. Cuantos más sentimientos excita un hombre de talento de lejos, menos responderá á ellos, cuanto más brillante se le haya creído, más empañado aparecerá. Desde este punto de vista, la curiosidad llega á veces hasta la injusticia. Ni Blondet ni Rastignac podían engañar á Arthez, pero le dijeron riéndose que se le presentaba la ocasión más seductora para conocer las supremas delicias que procuraba el amor de una gran dama parisiense. La princesa estaba enamorada de él indudablemente. El no tenía nada que temer, sólo podía ganar con aquella entrevista y sería imposible descender del pedestal en que la señora de Cadiñán le había colocado. Ni Blondet ni Rastignac tuvie-

ron inconveniente en atribuir este amor á la princesa, pues juzgaban que bien podía sufrir esta calumnia aquella cuyo pasado daba lugar á tantas anécdotas. Uno y otro se pusieron á contar á Arthez las aventuras de la duquesa de Maufrigneuse, sus primeras ligerezas con de Marsay, sus segundas inconsecuencias con Adjuda, á quien había separado de su mujer vengando así á la señora de Beauseant; sus terceras relaciones con el joven Esgrignon, que la había acompañado á Italia y se había comprometido atrocemente por ella. Después le contaron como había sido desgraciada con un célebre embajador, feliz con un general ruso, Egeria de dos ministros de Estado, etc. Arthez les contestó que sabía más de lo que ellos podían contarle por su pobre amigo Miguel Chretien, que la había adorado en secreto durante cuatro años y había estado á punto de volverse loco.

—Yo he acompañado muchas veces á mi amigo á los Italianos y á la Ópera—dijo Daniel.—El desgraciado corría conmigo por las calles yendo tan aprisa como los caballos para admirar á la princesa á través de los cristales de su coche. A ese amor debe el príncipe de Cadiñán la vida, pues Miguel impidió á un pilluelo que lo matase.

—Bueno, ya tendrá usted un tema dispuesto—le dijo Blondet sonriéndose.—Esa es la mujer que usted necesita, la cual sólo será cruel por delicadeza y le iniciará con gusto en los misterios de la elegancia; pero tenga usted cuidado, porque ha devorado muchas fortunas. La hermosa Diana es una de esas disipadoras que no cuestan un céntimo y que sin embargo le hacen gastar á uno millones. Dése usted á ella en cuerpo y alma; pero guarde la mano en el bolsillo.

Después de esta conversación, la princesa tenía la profundidad de un abismo, la gracia de una reina, la corrupción de los diplomáticos, el misterio de una iniciación y el peligro de una sirena. Aquellos dos hombres de talento, incapaces de comprender el desenlace de esta broma, acabaron por convertir á Diana de Uxelles en la parisiense más monstruosa, en la coqueta más hábil y en la cortesana más embrigadora del mundo. Aunque tuviesen razón, la mujer á quien trataban tan ligeramente era santa y sagrada para Arthez, cuya curiosidad no necesitaba ser excitada. El literato consintió en ir desde un principio, y esto era lo que deseaban de él sus dos amigos.

La señora de Espard fué á ver á la princesa tan pronto como obtuvo respuesta.

—Querida mía, ¿se siente usted con belleza y con coquetería? Venga dentro de unos días á comer á mi casa, y yo le serviré á Arthez. Nuestro hombre de genio es sumamente salvaje en cuestión de mujeres: las teme y no ha amado nunca. Haga usted su tema sobre este punto. Es excesivamente ingenioso, está dotado de una sencillez que engaña, haciendo desaparecer toda desconfianza y su penetración retrospectiva destruye todos los cálculos. Si logra usted sorprenderlo hoy, mañana ya no hay quien le engañe.

—¡Oh!—dijo la princesa, si no tuviese más que treinta años, yo me divertiría. Lo que me ha faltado hasta ahora ha sido un hombre de ingenio á quien burlar. Siempre he tenido compañeros y nunca adversarios; de modo que el amor me resultaba un juego en lugar de un combate.

—Querida princesa, confiese usted que soy muy generosa, porque, en fin, la caridad bien ordenada...

Las dos mujeres se miraron riéndose y se cogieron las manos estrechándose las con amistad. Ciertamente que una y otra se habían confiado importantes secretos, pues para crear amistades sinceras y duraderas entre mujeres es preciso que sean cimentadas por pequeños crímenes. Cuando dos amigas pueden matarse recíprocamente y se ven con un puñal en la mano, ofrecen el conmovedor espectáculo de una armonía que no se turba hasta el momento en que una de ellas suelta el arma por descuido.

A los ocho días de ocurrir esto, hubo en casa de la marquesa una de esas veladas reservadas para los íntimos, á las que nadie asiste á no ser mediante invitación verbal y durante las cuales la puerta permanece cerrada. A aquella velada asistieron cinco personas. Emilio Blondet y la señora de Montcornet, Arthez, Rastignac y la princesa de Cadiñán. Contando la dueña de la casa, había tantos hombres como mujeres. Jamás la casualidad se había permitido preparaciones más sabias que para el encuentro de Arthez y de la señora de Cadiñán. La princesa pasa aun hoy por una de las más hábiles en el arte del tocador, que es la primera de las artes para la mujer. Se había puesto una bata de terciopelo azul con mangas anchas, una de esas manteletas de tul bordado que tapan cuatro dedos del cuello y que cubren los hombros. Su camarera la había peinado con un gusto exquisito,

y á decir verdad, Diana no parecía tener más de veinticinco años. Cuatro años de soledad y de reposo habían devuelto el vigor á su tez. Por otra parte, ¿no hay momentos en que el deseo de agrandar aumenta la hermosura en las mujeres? La voluntad no deja de ejercer cierta influencia en las variaciones del rostro. Si las emociones violentas tienen el poder de tornar amarillos los tonos blancos de las gentes dotadas de un temperamento sanguíneo y melancólico, y de poner verdes las caras línfáticas, ¿no hemos de conceder al deseo, al goce y á la esperanza la facultad de despejar la tez, de comunicar brillo á la mirada y de animar la belleza mediante un reflejo suave como el de una bonita mañana? La tan celebrada blancura de la princesa había adquirido una pureza que le comunicaba un aire augusto. En aquel momento de su vida, agobiada por tantos contratiempos, su frente soñadora y sublime estaba en perfecta armonía con sus ojos azules y sus miradas reposadas y majestuosas. El fisonomista más habil no hubiese podido ver cálculos ni decisión alguna bajo la inaudita delicadeza de aquellas facciones. Hay caras de mujer que engañan á la ciencia y derrotan al observador mediante su calma y su finura; sería preciso poder examinarlas cuando las pasiones hablan, lo cual es difícil, ó cuando han hablado, lo cual no sirve de nada, pues entonces la mujer es vieja y no disimula. La princesa es una de esas mujeres impenetrables que puede ser lo que quiere: locuela, niña é inocente hasta desesperar, ó astuta, seria y profunda hasta causar inquietud. Fué á casa de la marquesa con la intención de ser una mujer cariñosa y sencilla que conocía la vida por sus decepciones únicamente; una mujer llena de alma y calumniada, pero resignada, en fin, un ángel injustamente condenado. Llegó muy temprano, á fin de poder ocupar ya la otomana en el rincón del fuego al lado de la señora de Espard, en una de esas actitudes que no resultan afectadas aunque lo sean, en una de esas posturas estudiadas que ponen de relieve esa hermosa línea serpentina que partiendo del pie asciende graciosamente hasta la cadera y continúa con admirables redondeces hasta los hombros, ofreciendo á la mirada todo el perfil del cuerpo. Una mujer desnuda sería menos peligrosa que una falda tan sabiamente vestida, que á la vez que lo cubre todo lo pone de relieve. Mediante un refinamiento que muchas mujeres no hubiesen inventado, Diana, con gran satisfacción de la marquesa, se

hizo acompañar por el duque de Monfrigneuse. Después de un momento de reflexión, la señora de Espard, estrechó la mano á la princesa con aire de inteligencia y le dijo:

—La comprendo á usted. Haciendo aceptar á Arthez todas las dificultades del primer golpe, no tendrá usted que vencerlas más tarde.

La condesa de Montcornet fué acompañada de Blondet y Rastignac llevó á Arthez. La princesa no hizo al hombre célebre ninguno de esos cumplidos con que le agobiaban las gentes vulgares; pero sí usó una finura llena de gracia y de respeto, que parecía ser el último término de sus concesiones. Sin duda obraba así con el rey de Francia y con los príncipes; de primera impresión parecía feliz, satisfecha, de ver á aquel gran hombre y de haberle buscado. Las personas de gusto como la princesa se distinguían sobre todo por su manera de escuchar y por una afabilidad franca que es á la cortesía lo que la práctica es á la virtud. Cuando el hombre célebre hablaba, tomaba una postura atenta, mil veces más halagüena que los cumplidos más rebuscados. Aquella presentación mutua fué hecha sin énfasis por la marquesa. En la comida, Arthez fué colocado al lado de la princesa, la cual lejos de imitar las exageraciones de dieta que se permiten los melindrosos, comió con muy buen apetito y se afaná por mostrarse mujer natural. Entre un servicio y otro aprovechó un momento en que la conversación general se animaba, para decirle aparte á Arthez:

—Caballero, el secreto del placer que me he procurado encontrándome á su lado estriba en el deseo de saber algo de un desgraciado amigo de usted, muerto por una causa distinta de la nuestra y al que debo grandes favores sin haber podido nunca recompensárselos. El príncipe de Cadiñán participa de mi pena. He sabido que era usted uno de los mejores amigos de aquel pobre muchacho. Su mutua amistad pura é inalterable era para mí una gran recomendación. No extrañará usted, pues, que yo haya querido saber todo lo que usted pueda decirme acerca de ese ser que le era tan querido. Si soy adicta á la familia desterrada y profeso ideas monárquicas, no soy en cambio del número de los que creen que es imposible á la vez ser republicano y noble de corazón. La monarquía y la república son las dos formas de gobierno que no se oponen á la belleza de sentimientos.

—Señora, Miguel Chrestien era un ángel—respondió

Daniel con voz conmovida. — Yo no conozco ningún héroe de la antigüedad que le haya superado. No crea usted acaso que fuese uno de esos republicanos de ideas estrechas que quisieran ver reanudada la Convencion y los errores del comité de salvación pública; no, Miguel soñaba con la federación suiza aplicada á toda Europa. Confesémoslo entre nosotros: después del magnífico gobierno de uno sólo, que yo creo que es el que conviene más particularmente á nuestro país, el sistema de Miguel es la supresión de la guerra en el antiguo continente y la renovación de la sociedad sobre bases distintas de las de la conquista que la había feudalizado antaño. Los republicanos eran los políticos más próximos á su idea, y por eso en julio les prestó su ayuda en Saint-Merri. Aunque participábamos de opiniones diametralmente opuestas, hemos sido siempre excelentes amigos.

—Ese es el mejor elogio que puede hacerse de sus dos caracteres—dijo tímidamente la señora de Cadiñán.

—En los cuatro últimos años de su vida—repuso Daniel— á mí fué el único á quien reveló su amor por usted, y este secreto estrechó más los lazos de nuestra amistad fraternal. Señora, él sólo la había amado á usted como usted debiera serlo. ¡Cuántas veces no he soportado la lluvia acompañando el coche de usted hasta su casa y luchando en velocidad con los caballos á fin de poder verla y admirarla!

—Caballero—dijo la princesa,—me voy á creer obligada á indemnizarle...

—¿Por qué no está aquí Miguel?—respondió Daniel con acento de melancolía.

—Tal vez no me hubiera amado mucho tiempo—dijo la princesa moviendo la cabeza tristemente.—Los republicanos son aún más absolutos en sus ideas que nosotros los absolutistas, que pecamos de indulgentes; él acaso me hubiese creído perfecta y hubiese sufrido un desengaño. Nosotras las mujeres, nos vemos perseguidas por tantas calumnias como usted en la vida literaria, y no podemos defendernos ni con la gloria ni con nuestras obras. No nos creen lo que somos, sino lo que nos hacen ser. Muy pronto le hubieran ocultado mi desconocido modo de ser, bajo el falso retrato de la mujer imaginaria, que es el verdadero para el mundo. Me hubiera creído indigna de los sentimientos nobles que le había inspirado, é incapaz de comprenderle.

Al llegar aquí, la princesa movió la cabeza agitando sus

hermosos rizos, expresando de este modo un número indecible de desoladoras dudas y de escondidos disgustos. Daniel lo comprendió todo y miró á la princesa con viva emoción.

—Sin embargo, el día en que volví á verle, mucho tiempo después de la revolución de julio, estuve á punto de sucumbir al deseo que tenía de tomarle la mano, de estrechársela ante todo el mundo bajo el peristilo del techo Italiano, y de darle mi ramillete de flores; pero pensé que este testimonio de agradecimiento sería mal interpretado, como tantas otras cosas nobles que pasan por locuras de la señora de Mauffigneuse, pues nunca me conocerá nadie más que Dios y mi hijo.

Estas palabras, deslizadas al oído de su interlocutor de manera que no fuesen notadas y con un acento digno de la actriz más hábil, debían llegar y llegaron al corazón de Arthez. No se trataba del escritor célebre, sino que aquella mujer intentaba rehabilitarse para un muerto, había podido ser calumniada, deseaba saber si había sido empañada por alguna mancha á los ojos del que la amaba y si había muerto con todas sus ilusiones.

—Miguel era uno de esos hombres que aman de una manera absoluta, y que si escogen mal sufren las consecuencias sin renunciar nunca á la que han elegido.

—¿De modo que era yo amada de esa manera?—exclamó la princesa con aire de exaltada beatitud.

—Sí, señora.

—¿Y he sido su felicidad?

—Durante cuatro años.

—Una mujer no sabe nunca una cosa semejante sin sentir una orgullosa satisfacción—dijo la princesa volviendo su cara hacia de Arthez mediante un movimiento lleno de púdica confusión.

Una de las más sabias maniobras de estas cómicas estriba en reprimir los modales cuando las palabras son demasiado expresivas, y en hacer hablar á los ojos cuando la frase es reticente. Estas hábiles disonancias, complicadas con su amor falso ó verdadero, producen invencibles seducciones.

—¿No es cumplir la misión que le está á una encomendada el hecho de haber procurado la felicidad á un gran hombre sin haber incurrido en falta alguna?—repuso bajando la voz después de haberse asegurado de que había producido efecto.

—¿No se lo escribió á usted?

—Sí; pero quería estar bien segura de ello, porque, créame usted, caballero, colocándome tan alta no se ha engañado.

Las mujeres saben dar á sus palabras una santidad particular, comunicándoles un no sé qué de vibrante que amplía el sentido de las ideas y les comunica profundidad; si su auditor, encantado, no se da cuenta después de lo que le ha dicho, el objeto ha sido logrado, lo cual constituye precisamente el fin de la elocuencia. Si la princesa llevase en aquel momento la diadema de Francia, su frente no hubiera sido más imponente que bajo la hermosa diadema de sus cabellos adornados de lindas margaritas. Aquella mujer parecía caminar sobre las olas de la calumnia, como el Salvador sobre las olas del lago Tiberiades, envuelta en el sudario de aquel amor como un ángel en sus nimbos. No había nada que denotase la necesidad de ser de aquel modo, ni el deseo de parecer grande ó cariñosa. Aquello pareció sencillo y natural. Un hombre vivió no hubiera podido hacer nunca á la princesa los favores que ella obtenía de aquel muerto. Arthez, trabajador, solitario, ajeno á las farsas del mundo, fué engañado por aquel acento y por aquellas palabras. Se sintió encantado por aquellos exquisitos modales, admiró aquella belleza perfecta madurada por la desgracia, y adoró el raro consorcio de un talento tan fino y de un alma tan hermosa. En fin, que deseó recoger la herencia de Miguel Chrestien. Como la mayor parte de los pensadores profundos, el principio de aquella pasión fué una idea. Viendo á la princesa y estudiando la forma de su cabello, la disposición de sus facciones, su talle, su pie y sus manos finamente modeladas de más cerca que cuando acompañaba á su amigo en sus locas correrías, notó el sorprendente fenómeno de la segunda vista moral que nota en sí mismo el hombre exaltado por el amor. ¿Con qué lucidez no había leído Miguel Chrestien en aquel corazón y en aquella alma iluminada por los ardores del amor? El federalista había sido, pues, adivinado, y acaso él podría también ser feliz. De esta suerte, la princesa se apareció á los ojos de Arthez llena de encanto y rodeada de una aureola de poesía. Durante la comida, el escritor recordó las desesperadas confianzas del republicano y sus esperanzas cuando se había creído amado; los hermosos poemas que dicta un sentimiento verdadero habían sido cantados por él